



# Ecosistemas Argentinos

ASOCIACIÓN CIVIL

## Boletín Informativo Nro. 59 Agosto de 2011

**La especie del mes:** El "Crespín", *Tapera naevia*. Familia Cuculidae

El Crespín (*Tapera naevia*) es un ave perteneciente a la Familia Cuculidae, Orden Cuculiformes. Esta familia es cosmopolita y esta compuesta por 136 especies de las cuales hay 32 en Sudamerica. El Crespín se distribuye desde Méjico hasta Argentina, llegando por el norte hasta Mendoza, La Pampa y Buenos Aires.



Es parásito, es decir, no nidifica. En cambio, pone su huevo en nido ajeno. La época de postura va de octubre (cuando llega de su migración) a enero. Los huevos de Crespín son blancos, sin brillo, de forma ovoidal, de cáscara dura y pequeños en relación al tamaño del ave. Pone generalmente un huevo por nido parasitado, aunque a veces pone dos. Por lo general elige para parasitar nidos de especies de aves cuyos huevos también son blancos. El pichón del Crespín es muy agresivo, desde el nacimiento. A las pocas horas de nacer, picotea a los otros pichones que están en el nido hasta matarlos. Una vez que esto sucede, los padres retiran a estos pichones muertos. Al quedar solo el Crespín acapara toda la comida y tiene un rápido desarrollo, ya que no tiene competencia alimenticia con otros pichones. Cuando tiene alrededor de 18 días, aún sin saber volar, sale del nido, pero sigue siendo alimentado por sus padres postizos, por un tiempo más.



# Ecosistemas Argentinos

ASOCIACIÓN CIVIL

El Crespín es un ave desconfiada y permanece la mayor parte del tiempo oculto. Por esto es muy difícil verlo, pero su presencia se detecta gracias a una de sus voces más conocidas. Esta voz (que se la oye tanto de día como de noche) está compuesta por dos notas por lo general Mi bemol a Mi y es esto lo que produce un efecto de atención muy fuerte.

Es conocido el Crespín, más que por su silueta, por las leyendas que de él se cuentan. Cuentan que un día, estando su marido sumamente enfermo, una campesina salió en busca de remedio. En el pueblo, luego de comprarlo y mientras volvía al rancho, unos parientes la invitaron a una fiesta. Para no despreciar la invitación, ella accedió, con la intención de quedarse poco tiempo. Entusiasmada en el alboroto del jolgorio, olvidó la noción de las horas. Alguien le avisó que su marido estaba muy grave, y ella pidió que le hicieran llegar el remedio que tenía consigo. Excitada por el barullo y la música continuó danzando. Mientras lo hacía llegó otro mensajero y le dijo que su marido se estaba muriendo y la llamaba a su lado. Pero indiferente a la urgencia del momento, ella continuó divirtiéndose, suponiendo que llegaría a tiempo. Hasta que llegó alguien, vestido de luto, para darle el pésame, pues su marido ya había muerto, e invitarla a regresar a su casa. "Hay tiempo para llorar", había dicho la patrona, y siguió bailando. Pero la inapelable sentencia divina la condenó por ello, a que eternamente llorara el nombre de su esposo, Crespín, convirtiéndola en un ave nocturna. Por eso, todas las noches, un gemido quejumbroso expía esa culpa llamando a su hombre: ¡Crespín! ¡Crespín!

© Texto: Javier Heredia. Fotografías: Jorge Martín Spinuzza  
- Ecosistemas Argentinos